
REVISTA TEMÁTICA
CENTRO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
2016, No.2, pp.109-134

**Estudio sobre la afirmación de la identidad nacional
en el Perú**

Study on the strengthening of national identity in Peru

Gustavo Pastor
Centro de Altos Estudios Nacionales
gustavo.pastor@caen.edu.pe

Resumen

Este artículo explora los elementos que componen la identidad nacional peruana y propone algunos aspectos que puedan ayudar a su fortalecimiento. En un primer lugar, exploramos el significado de nación y su recorrido histórico en tanto categoría política. En un segundo momento, examinamos el concepto de identidad nacional, intentando explicar su significado. Más adelante, en un tercer momento, analizamos los elementos que componen la identidad nacional, haciendo hincapié en las nociones claves que entran en juego en su construcción en tanto que identidad colectiva. Finalmente, haremos diez propuestas que intentan contribuir en el fortalecimiento de la identidad nacional peruana.

Palabras clave: Identidad nacional, Estado-nación, tradiciones, interculturalidad, ciudadanía

Abstract

This article examines the elements that make up Peruvian national identity and proposes some ways to make it stronger. We begin by exploring the meaning of the nation and tracing its historical path as a political category. Next, we analyze the meaning of the concept of national identity. Thirdly, we study the specific components of Peruvian national identity, highlighting the main elements of this collective identity construction. Finally, we present ten propositions intended to bolster Peru's national identity.

Keywords: *National identity, nation, traditions, inter-culturalism, citizenship*

La nación: un concepto difícil de explicar

Muchos autores han escrito sobre el concepto de nación, sin embargo, esta noción sigue siendo poco comprensible. Quizás podemos aclararlo diciendo que todos los países del planeta cuentan con dos elementos fundamentales: uno material, el Estado; uno inmaterial, la nación. El primero corresponde a la organización política de la vida en comunidad, lo que implica el control y la administración de la población y del territorio. Todos los Estados del planeta (no importa qué cultura tengan) presentan una organización bastante similar, que se divide en tres poderes centrales: el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial. Esta organización contiene, a su vez, diferentes ministerios, órganos de control, entidades destinadas al cumplimiento del Estado de Derecho, a la recolección de los impuestos, etc. La nación, por otro lado, representa la personalidad singular de un país. Ella está compuesta de todos los elementos históricos, culturales, sociales, religiosos, políticos y económicos, que permiten que un país ocupe un lugar particular en el escenario internacional. La nación es, entonces, algo así como una traducción imaginada de la sociedad, una construcción intelectual que ha sido sabiamente elaborada (y reelaborada) de generación en generación (Bhabha, 2010; Schnapper, 2001, Hobsbawm, 2000; Andersen; 1993, Gellner, 1988; Smith, 1986; etc.).

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española presenta tres entradas en el significado de nación: primero, se define como el conjunto de habitantes de un país regido por el mismo gobierno; segundo, como el territorio determinado de una nación; y, en tercer lugar, como el conjunto de personas de un mismo origen, que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común. Esta definición engloba las principales características de lo que hoy conocemos como nación: una población, un territorio, un origen común, un idioma, tradiciones compartidas y una nacionalidad. Sin embargo, este significado moderno de la palabra “nación” no es sino el resultado de un largo recorrido de este concepto político. La etimología de la palabra nación presenta orígenes antiguos y humildes. Esta palabra proviene del latín *nasci*, que definía vagamente lo que vendría a ser una colectividad, una poblada (Neira, 2013). Esta palabra se utilizaba también en plural para diferenciar a los *otros*, a los *extraños*, por ejemplo, cuando se hablaba de gentiles y paganos. Durante la época greco romana, la palabra *Natio* encarnaba a una diosa menor del Panteón de Roma que mantenía una marca local y clanica. Un tiempo después, la palabra

nation se usaba para designar a ciertas asociaciones medievales, a ciertos cuerpos universitarios y a ciertos consejos religiosos que gozaban de algún tipo de autonomía. Hacia el año 1200, la palabra “nación”, en occidente feudal, designaba a los nobles y a ciertos órdenes monástico-militares. También se usaba este término, unos siglos más tarde, durante la conquista de América para hacer la distinción entre los españoles y los indios, confundiendo con la diferencia entre cristianos y paganos. La reforma protestante tendría también un rol destacado en la mutación del contenido de la palabra “nación”. En medio de la crisis europea del siglo XVI y XVII, Lutero intentaba reformar la Iglesia invocando la libertad de los cristianos a insurgirse (contra la Iglesia de Roma) bajo el liderazgo de “la nobleza cristiana de la nación alemana”. La “nación alemana” insumisa religiosamente no fue un caso aislado, pronto, el mismo fenómeno se produce en Flandes, en Países Bajos y en Inglaterra. Los futuros holandeses e ingleses justificaron su independencia de España o su rebeldía contra la Armada Invincible bajo la bandera de los “derechos nacionales” (Neira, 2013).

Durante este periodo, los derechos ciudadanos fueron progresando dentro del marco nacional, coexistiendo, por lo general, varias naciones al interior de un mismo Estado. La revolución francesa (1789) ayudó a cambiar las cosas haciendo una síntesis de la nación y del Estado. El cambio radical, que implicó la destrucción de la monarquía y del antiguo régimen francés, hizo que se transfiriera la soberanía al pueblo (francés), quien decidiría desde entonces libremente de su destino y de su gobierno. Todo ello llevó a un proceso en el que la nación (compuesta por el pueblo) se elevó al mismo nivel que el Estado. Se empezó a hablar, entonces, en el léxico político de la existencia de Estados naciones. Diversos autores franceses consideraron que la sociedad debía hacerse desde el poder (desde arriba), a través de la *educación* como medio para reducir las diferencias culturales al interior de la nación. En el caso alemán, la nación tuvo una evolución bastante diferente. La historia particular de este territorio había constituido una unidad lingüística precoz gracias a la traducción de la biblia (al alemán) hecha por Lutero. El idioma alemán era considerado la lengua materna del pueblo germano, lo que llevó a pensadores como Herder y Fichte a desarrollar una idea de nación, donde los alemanes estaban definidos por su cultura. Herder abrió el camino de lo que sería la teoría de la nación alemana, definiéndola por su lengua y su tradición. La nación se consideraba, desde esta perspectiva, como un organismo viviente que se mantenía, a través de su historia, siempre fiel a su propia cultura (Herder, 1774). El concepto de *volk* alemán

expresa una manera singular de definir lo originario como la fuerza espiritual de lo popular. Lo que deriva en el *volksgeist* o el espíritu del pueblo. El *volk* es, entonces, una cultura que mezcla lo de arriba con lo de abajo. Fichte continúa la obra de Herder en su célebre “Discurso a la nación alemana” (1807), donde considera que la nación expresaba la forma de pensar y actuar de un pueblo, al contener en ella sus tradiciones, su cultura, su religión, su sangre (Fichte, 1807). La nación es concebida, de esta manera, como un organismo viviente, como *una idea persistente*, que sobrepasaría los intereses inmediatos de sus ciudadanos; de ahí que se hable de una *eterna Alemania* y que el derecho de su ciudadanía pase por el *derecho de sangre* (*Jus sanguinis*). La nación, para una sociedad de emigración, debía asegurar que sus ciudadanos mantuviesen un lazo sanguíneo con el pueblo alemán. En resumen, se puede decir que los dos modelos de nación sobre los que se han estructurado muchas naciones de la modernidad (el francés y el alemán) se diferencian radicalmente: los franceses crearon la nación desde el Estado (desde arriba), mientras que los alemanes optaron por crear un modelo de nación construido desde el pueblo (desde abajo).

La independencia de Estados Unidos y, décadas más tarde, la liberación de las colonias españolas de América latina (a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX) fueron también expresiones de un nacionalismo americano de tipo liberal que buscaba independizarse de las potencias coloniales europeas para iniciar su propia aventura “nacional”. En 1882, el francés Ernest Renan, devastado por la pérdida territorial de su país frente a Prusia (1870), pronuncia un célebre discurso, en la Universidad de la Sorbonne, titulado “¿Qué es una nación?”. Renan teoriza en este discurso la vía francesa de construcción nacional. El autor veía a la nación, sobre todo, como la voluntad de vivir juntos, de compartir un pasado, un presente y un futuro en común (Renan, 1879). Según el autor, la nación sería un principio espiritual que necesitaba dos cosas: la posesión de un pasado común, rico en recuerdos históricos, y la voluntad de vivir juntos para prolongar la herencia cultural recibida (Renan, 1879; Detienne, 2010). La identidad de los franceses sería la de *individuos que habían conquistado políticamente su libertad*, defendiendo un grupo de principios e ideales comunes. Renan afinaría el aspecto volutivo de la nación, afirmando que esta era la voluntad de vivir juntos, era como un plebiscito de todos los días (Renan, 1879). Todos los hombres y mujeres que amaran los ideales de la República francesa, y que habían obtenido su incorporación en la comunidad nacional, podían participar de este plebiscito. Este argumento apoya lo que sería el *derecho de suelo* (*jus solis*) que utilizan muchos países abiertos a

la inmigración como Francia, Estados Unidos y Brasil para integrar a nuevos ciudadanos. El discurso de Renan, sin embargo, no deja de ser partidario y de defender intereses políticos nacionales. En efecto, Francia, habiendo roto con su tradición monárquica y con una población decimada por la guerra, debía proyectar una nación inclusiva, que incluyera hombres y mujeres identificados con sus principios universalistas. Debemos reconocer que tanto los alemanes como los franceses, en el fondo, buscaron diferentes caminos para construir un sustento ideológico que brindara a sus naciones aquel elemento mítico-emocional que les permitiera verse a sí mismos como uno de los pueblos *elegidos* de la historia. Aquella es en el fondo la razón de constituirse en una nación: encarnar un proyecto singular, en el que un Estado-nación tiene un destino brillante que cumplir (Schnapper, 2001). Los científicos sociales sospechan que pertenecer a una nación digna de admiración funciona como un catalizador espiritual que hace que sus ciudadanos sobrepasen sus capacidades, sintiéndose parte de un proyecto político mucho más grande que ellos, un ideal de sociedad que los trasciende.

La revolución industrial tendrá también implicaciones importantes en la mutación del concepto de nación. La aparición de las clases sociales y del mercado moderno, impulsado por un nuevo empuje del capitalismo, llevará a algunos intelectuales y líderes políticos socialistas a luchar contra las construcciones nacionales en pos de defender los derechos de las clases proletarias y trabajadoras, que eran explotadas en todas las naciones del mundo (Haupt & Löwy, 1997). La nueva dicotomía sería la del *nacionalismo versus el internacionalismo*. En el siglo XX, surgieron, además, regímenes políticos totalitarios con fuertes elementos nacionalistas como el alemán, italiano y japonés; también, emergieron nacionalismos tercermundistas que lucharon por la liberación de pueblos asiáticos y africanos del poder colonial de algunas potencias europeas. En este intenso desarrollo de la historia mundial, se dará también un fuerte desarrollo de las ciencias sociales, que se especializarán y profesionalizarán considerablemente. El estudio de lo que son las naciones sería continuado, en el siglo XX, por diversos intelectuales que pugnaban todavía por desenredar este complejo concepto. Entre las diversas escuelas surgidas en estos últimos años para explicar la nación destacan las siguientes: 1. Los que defienden que las naciones tienen orígenes muy antiguos que remontan a varios siglos atrás; estas encarnarían elementos enraizados en lo más profundo de las historias de los pueblos. Los autores más representativos de esta corriente son el inglés Antony D. Smith y el checo Miroslav Hroch. 2. Los que sostienen que las naciones son construcciones de la época moderna. Estas acom-

pañarían al desarrollo de la modernidad política y del capitalismo económico. Las naciones, según estos autores, son construcciones (narraciones) realizadas a partir de invenciones modernas que asocian imaginariamente mitos y creencias antiguas. Algunos autores ligados a esta línea son Ernst Gellner, Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, Anne Marie Thièse. 3. Existen otras numerosas interpretaciones ligadas, por ejemplo, a la antropología, en el caso de Clifort Geertz; a la filosofía, en el caso de Jürgen Habermas; a literatura, en el caso de Homi Bhabha; entre otros (Neira, 2013). Todas estas útiles interpretaciones nos permiten tener una idea más completa de lo que significa el fenómeno nacional; sin embargo no existe todavía una explicación científica que zanje definitivamente con la controversia sobre lo que significa aquella forma política moderna. Esto se complica todavía con el hecho que algunos autores - de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI - sostienen que la globalización estaría empujando a la comunidad internacional a entrar en una era *postnacional*, donde las fronteras y soberanías nacionales deberían borrarse paulatinamente debido a múltiples fenómenos como acuerdos de integración regional, tratados de libre comercio, proliferación de empresas multinacionales, fortalecimiento de instituciones supranacionales, nuevas amenazas a la seguridad mundial, procesos migratorios globales, nuevas tecnologías de comunicación, etc. (Habermas, 1994). Este momento *postnacional* se debe sin embargo confrontar todavía a los vaivenes de la historia contemporánea para comprobar su real evolución.

En el caso peruano, el discurso nacional se inició en el proceso de independencia política. Ya en las Cortes de Cádiz, había habido un precedente cuando algunos representantes consideraron (frente a la invasión francesa de la península hispana) que existía una comunidad nacional española compuesta por españoles y americanos de ultramar (Demèlas, 2003). Esta comunidad monárquica hispanoamericana se rompió definitivamente con la independencia. Los independentistas, en el Perú, liderados en un primer momento por el argentino San Martín y por el venezolano Bolívar, procedieron a dotar al nuevo país de todo el equipamiento simbólico necesario para constituirse en un Estado nacional independiente (Klaren, 2004). Los peruanos afirmaban con estos actos su deseo de tomar en sus manos su propia historia y de arriesgarse a recorrer su propio destino nacional, y se creó así, una bandera, un escudo, un himno, una Constitución y muchos otros símbolos nacionales. Durante el siglo XIX, la nación peruana, influenciada fuertemente por las corrientes intelectuales importadas de Europa, se pensaba a sí misma como una nación excluyente, com-

puesta básicamente por criollos y mestizos peruanos (Andrés García, 2007). De esta manera, se excluía injustamente de la comunidad nacional a los indígenas, los negros y los asiáticos. Ello se dio a pesar de que los indígenas representaban, en aquel momento, la mayoría de la población. Esta situación irá cambiando a finales del siglo XIX, y, sobre todo, en las primeras décadas del siglo XX, con la aparición de nuevas ideas y nuevos intelectuales como Manuel González Prada, Clorinda Matto de Turner, Pedro Zulen, José Carlos Mariátegui, Luis Eduardo Valcárcel, Víctor Raúl Haya de la Torre, Uriel García, entre muchos otros. El indigenismo republicano, como movimiento intelectual, tal como lo explicó Jorge Basadre, sirvió para incluir definitivamente al indígena dentro del relato nacional (Basadre & Macera, 1974). Durante todo el siglo XX, se fue reconociendo cada vez más los derechos nacionales de todos los grupos culturales y étnicos del territorio nacional, y se llegó, así, a un relativo consenso, a partir de los años setenta, sobre el Perú como un país compuesto por peruanos de “todas las sangres” (Arróspide et al., 1979). Estos avances, sin embargo, no impiden que muchos intelectuales peruanos, como José Matos Mar, Carlos Iván Degregori, Alberto Flores Galindo, Nelson Manrique, Julio Cotler, Hugo Neira, entre otros, consideraran que la nación peruana se encuentra todavía en proceso de formación. Si la nación peruana significaba una comunidad de origen, lengua, cultura y ciudadanía, que debía instaurar una igualdad y fraternidad real entre sus miembros, entonces, la nación se encontraba todavía en camino de formación. Si nuestra construcción nacional está todavía en proceso, ¿en qué estado se encuentra nuestra identidad nacional?

Comprendiendo la identidad nacional

Si comprender lo que es una nación es complicado, entender qué es la identidad nacional es incluso más difícil. Esto se debe a que existen todavía menos trabajos que aborden el tema de la identidad nacional y existen autores, como Marcel Detienne, que hablan del enigma que encierra esta noción (Detienne, 2010). Se puede aclarar un poco esta noción considerando que, cuando hablamos de identidad nacional, hablamos de la identidad colectiva de un país (Smith, 1997). Se trata de un *fenómeno colectivo* que debe ser explicado y comprendido correctamente. Todos los seres humanos tenemos múltiples identidades que forjamos a lo largo de nuestras vidas y que utilizamos según las circunstancias en las que nos encontramos. Un individuo puede reclamar, en un momento dado, su identidad de género, su identidad regional, su identidad lingüística, su identi-

dad cultural, su identidad religiosa, su identidad racial, su identidad económica, etc. Podríamos continuar con otras identidades individuales posibles, sin embargo, lo que queremos resaltar es que, en el caso peruano, existe una sola identidad nacional dominante: ser peruano. Todas nuestras identidades culturales se reclaman de una misma nación, de un mismo país. Ello no ocurre necesariamente en todos los demás países —como en el caso de los mapuches, en Chile; los catalanes, en España; los kurdos, en Turquía; los chechenos, en Rusia; los tibetanos, en China, entre otros—, donde al interior de esos Estados existen naciones subyugadas que reclaman su autonomía y su independencia. Esta primera constatación nos permite vislumbrar las fortalezas de nuestra identidad nacional; sobre ella podemos terminar de forjar una identidad nacional “sólida”.

Según la Real Academia de la Lengua, la palabra “identidad” presenta cinco entradas. La primera se refiere a la cualidad de ser idéntico. La segunda, al conjunto de rasgos propios de un individuo o una colectividad que la caracteriza frente a los demás. La tercera, a la conciencia que una persona tiene de ser ella misma y de ser distinta a las demás. La cuarta entrada la define como el hecho de ser alguien o algo que se supone o que se busca. Por último, la quinta se refiere, en matemáticas, a la igualdad algebraica que se verifica siempre, cualquiera que sea el valor de sus variables (RAE, 2016). La tercera entrada de la definición de identidad de la RAE, interesa particularmente a los científicos políticos que consideran que tener una “identidad civil” es tener la garantía de ser igual a uno mismo. Por ello, en la mayoría de países —desde mediados el siglo XIX— existe un registro nacional de identidad que fabrica un documento nacional de identidad (DNI), que sirve para identificar a sus ciudadanos, a través de algunos rasgos individuales distintivos como los nombres, la forma de la nariz, el color de los ojos, la talla, el sexo, etc. La identidad del individuo se construye, de esta manera, a partir de ciertos criterios que permiten certificar su *igualdad a sí mismo*. Es por ello que, en este proceso de certificación, todas las identidades personales son sometidas a un proceso de identificación por parte del Estado. La partida de nacimiento y el documento nacional de identidad abren acceso a ser parte de una comunidad nacional que brinda, a su vez, una serie de derechos ciudadanos como elegir a sus gobernantes, recibir ayudas sociales, residir libremente en el territorio nacional, etc. Por otro lado, el proceso individual de identificación con un Estado-nación permite también que se produzca aquella extraña alquimia donde un individuo se apropia afectivamente de una serie de tradiciones culturales e históricas, que hacen que este se identifique

entrañablemente con su patria. Desde el psicoanálisis, se cree que el tener una identidad individual o colectiva bien afirmada permite a un ciudadano o a un país identificar claramente su misión y su destino histórico. He ahí la importancia de que el Perú cuente con una identidad nacional afirmada.

Siguiendo al autor inglés Antony Smith (1997), la identidad nacional es una construcción social que tiene implicancias *multidimensionales*. Es una *construcción*, pues responde a clasificaciones y roles que la misma sociedad ha ido forjando a lo largo de los vaivenes de su historia nacional (Hobsbawm & Ranger, 2006). Ello significa que, por un lado, es bastante sólida y, por otro lado, es bastante flexible. La identidad nacional, como toda construcción mental, puede ser modificada o destruida por pequeños cambios constantes o por eventos traumáticos (Habermas, 1989). El ejemplo clásico es cuando una identidad nacional explota en varios pequeños países. Sus diversos elementos, estando en permanente interacción, se influyen constantemente para consolidar, trastocar, o destruir categorías conocidas de nuestra identidad colectiva (Castoriadis, 1999). La identidad nacional se encuentra de esta manera en permanente movimiento, realizando pequeños cambios influidos por nuevas ideas y nuevos descubrimientos (Habermas, 1989). Podemos comentar el caso de la gastronomía como un ejemplo del movimiento constante de la identidad nacional. La profesionalización de los restaurantes y cocineros peruanos, que ha convertido a la comida peruana en un concepto culinario de exportación mundial, se ha visto acompañada de un sentimiento de “orgullo” por parte de los ciudadanos peruanos, que ha significado también un fortalecimiento de la identidad nacional. Ahora los peruanos, dentro de los motivos de orgullo de su país, incluyen su deliciosa comida, considerada entre las mejores del mundo.

La identidad nacional es, siguiendo también a Smith, multidimensional, pues se combinan en ella elementos cívicos, territoriales, étnicos, genealógicos, históricos, y culturales (Smith, 1997). Esta compleja mezcla permite que esta sea extremadamente flexible y que pueda convertirse en un catalizador de filiaciones étnicas, culturales e históricas. Esta *filiación nacional* permite que los individuos de una sociedad no solo sientan lealtad por su familia, su pueblo o su ciudad, sino también por otras comunidades culturales del país, con quienes mantiene diferentes niveles de “identificación”. Es por aquella *filiación nacional* que un ciudadano limeño de la Molina siente suficiente empatía para considerar como su connacional a un habitante Shipibo Conibo de Junín. Es necesario, por

ello, que el gobierno busque fortalecer los lazos existentes entre los habitantes de diferentes regiones del país. Si recordamos las conclusiones del Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR, 2003), los ciudadanos peruanos fueron acusados por esta comisión de “indiferencia” en el conflicto interno vivido en las últimas décadas del siglo XX, pues no prestaron atención ni tomaron conciencia de la cantidad de conciudadanos peruanos fallecidos en esta guerra interna. Esta indiferencia, apuntó la CVR, se debió, entre otras cosas, a la procedencia étnica y lingüística de las víctimas, que se calculaba que eran aproximadamente 75% campesinos quechua hablantes (CVR, 2003). Esto pone seriamente en manifiesto que todavía existen vastas diferencias sociales, culturales y de clase en nuestro país, que se reflejan en la existencia de ciudadanías de menor valor que otras. El pensador francófono Jean Jacques Rousseau había llamado la atención, en el siglo XVIII, sobre la necesidad de desarrollar dos sentimientos fuertes en el interior de un individuo: el amor propio y la empatía (1754). El primero permite velar por su propia integridad física y trabajar duro para lograr su bienestar individual, y enriquecer, al mismo tiempo, económica y materialmente al país. El segundo permite crear ese sentimiento de fraternidad que hace que cualquier ciudadano se identifique con otro, que se pueda poner en el lugar del otro. Es necesario que el gobierno peruano trabaje sobre la sensibilización del sentimiento de empatía entre los ciudadanos peruanos a través de la educación y de campañas en los medios de comunicación para fortalecer la cohesión entre las diferentes clases sociales.

La flexibilidad que permite los contenidos de la identidad nacional explica también por qué es tan resistente frente a los estragos de su historia política. La identidad nacional, siendo una construcción intelectual que funciona como un credo civil, logra agrupar lealtades de un cuerpo político para superar colectivamente los obstáculos que se puedan presentar. Esta flexibilidad le permite además combinarse con ideologías político-económicas y credos religiosos sin perder su carácter propio. La identidad nacional refleja elementos inmateriales complejos de un pueblo, su historia, sus principios, sus costumbres y sus creencias. Esto obviamente tiene una influencia interna en su vida política, económica, social y moral. Parafraseando al pensador alemán Fichte, la identidad de una nación reflejaría *la manera de pensar y actuar de un pueblo* (1807). El comportamiento y los resultados obtenidos por la clase política o económica son también un reflejo de su identidad nacional; son el reflejo de su *cultura política* y su *cultura económica* (Noiriél, 2007). Algunos autores hablan del *carácter* o

genio nacional de un pueblo; ello representaría las características particulares que presentan los ciudadanos de una nación para construir su futuro y conducir su destino. Según este punto de vista, toda nación tiene un *genio* particular, una propia manera de pensar, de actuar, de comunicarse y de auto regularse. De esto se desprende que los inventores o constructores de naciones se han preocupado por rescatar el folklore, las tradiciones, los mitos, los saberes ancestrales y la música de un pueblo (Thièsse, 1999; Andersen, 1993). Todos estos elementos sirven de materia prima para construir un origen mítico donde el pueblo se convierte en el constructor de su propio destino (Smith, 1997).

La identidad nacional alude también a un sentido de continuidad entre sucesivas generaciones. Aquí es donde la deuda con los muertos se hace importante. Todos los muertos nacionales, destacando los héroes de la patria, forman parte de una sola comunidad nacional donde conviven los peruanos vivos y los peruanos muertos. Es por ello que la nación está compuesta tanto por las glorias como por las derrotas de los hombres y mujeres del pasado y del presente. Hay una continuidad inquebrantable (una herencia genética, cultural e histórica) entre los antepasados y los hombres del presente (Detienne, 2010). El francés Maurice Barres, por ello, afirmaba que “para hacer una nación, para forjar una consciencia nacional, se necesitaba de cementerios y de una buena enseñanza de historia nacional” (Detienne, 2010, p.65). Muchos elementos que componen la identidad nacional son creados y recreados permanentemente por la creatividad de sus diferentes clases sociales. Los guardianes de la tradición, los intelectuales, políticos, militares, escritores, burócratas, artistas, sacerdotes e historiadores registran, modifican y transmiten una gran cantidad de mitos, símbolos, recuerdos, valores y creencias, que se convierten en tradiciones veneradas por los ciudadanos de un país.

Elementos que componen la identidad nacional

Dentro de la identidad nacional, coexisten varios elementos; entre ellos, se encuentran la población y el territorio. Ambos elementos están íntimamente entrelazados, pues la coexistencia y la suma de las identidades regionales conforman y modifican el imaginario de la identidad nacional. La población nacional se encuentra compuesta por los *ciudadanos* de un país. El ser ciudadano significa pertenecer a una *patria*, donde uno es considerado como un *connacional*, lo que el antropólogo B. Anderson define como pertenecer a una *comunidad*

imaginada, donde se puede reclamar sus derechos y cumplir sus deberes (1993). Ser ciudadano de un país incluye el respeto de instituciones comunes y de leyes que organicen a los miembros de esta comunidad nacional. El territorio, por su lado, cumple una función de cordón umbilical entre el individuo y el Estado, de tal forma que el individuo debe defender la *tierra* que lo vio nacer, su *pacha mama* (madre tierra). Existe una dimensión emocional entre el ciudadano y su *tierra*, ella representa el escenario donde se ha desarrollado su historia, donde se encuentran enterrados sus muertos, donde deberán crecer sus hijos y donde el individuo encuentra su identidad geográfica (Detienne, 2010).

Las identidades nacionales, además, se componen de un *origen mítico* común, o lo que Anne-Marie Thièsse llama escoger a sus ancestros fundadores (1999). Las naciones, en tanto comunidades de nacimiento, deben determinar quiénes son sus ancestros fundadores. El pueblo juega, en este proceso, una suerte de museo viviente donde se pueden encontrar sus rasgos genéticos y su cultura original. Este proceso de escoger las raíces de la nación se hace de una manera que tiene que ver con la historia del territorio, con los mitos fundadores y con los nuevos descubrimientos científicos (sobre todo, arqueológicos). Anthony Smith lo llama buscar el origen étnico de las identidades nacionales (1886). La idea es que existe una sopa genética común, que es compartida por todo el cuerpo nacional. Hablar de diferentes razas que componen la sopa genética es un tema delicado, pues puede confundirse con las ideas racistas defendidas por el darwinismo social de finales del siglo XIX. Es por eso que debemos ser precavidos y precisar que se trata de una mitología inventada con la finalidad de fabricar una tradición común que incluya las múltiples mezclas genéticas producidas en la historia de un país. Se trata de un linaje inventado, una filiación fraterna entre los ciudadanos que pertenecen a una misma comunidad imaginada. La idea de la *invención del origen étnico* es, sin embargo, un aspecto importante a utilizar en una construcción de una identidad nacional como la peruana, que presenta una extraordinaria profundidad histórica. Una profundidad histórica que se remonta a unos 14 000 años, cuando este hombre sudamericano pobló esta parte del territorio y estableció, posteriormente, sus primeras sociedades organizadas como Caral, ciudad que data de unos 5000 años (León, 2013). Se trata pues de la historia larga de un hombre profundamente adaptativo, religioso, colectivista e intercultural. Insistir en la profundidad histórica es necesario, pues, según autores como el alemán Heinz Wismann, la profundidad histórica de una nación brinda a sus ciudadanos una forma de pensamiento que ayuda a la innovación

y creación. La responsabilidad histórica de pertenecer a una tradición, a una civilización antigua, lleva a sus ciudadanos a ser más maduros, más graves, más complejos y más cuidadosos en sus creaciones históricas (Wismann, 2012). Es necesario que los peruanos integremos este elemento de una manera más explícita en nuestra identidad nacional. Otro elemento importante a resaltar —en la construcción de esta identidad nacional— es que el redescubrimiento de este hombre antiguo, creador de sociedades y hábitos complejos, relativiza un poco el peso que le acordamos a la época colonial española. Es decir, que los 300 años de colonia española, en una historia de 14 mil años, tiene que ser relativizada en el tiempo. Es necesario, como lo defiende el filósofo peruano Edgar Montiel, que tomemos conciencia de que la colonia española corresponde solo a una capa de polvo en la historia de este hombre sudamericano (2016). En la misma línea, la filósofa peruana Rivara de Tuesta sostiene que hay que integrar este largo pasado precolonial y entender que estos pobladores, desde tiempos muy antiguos, practican la interculturalidad para integrar nuevos conocimientos y nuevos grupos culturales (2000). El trabajo de definir quiénes son los grandes ancestros de la nación peruana (si nos remitimos a nuestros 14 mil años de historia) está todavía pendiente. Nuestros investigadores deben integrar cuidadosamente a todas las culturas prehispánicas y sus diversos mitos fundadores, a Manco Cápac, Mama Ocllo, los Hermanos Ayar, a los jefes pre-incas e incas, en el discurso nacional de la colonia y de la república.

El tema de la lengua y las costumbres es otro elemento importante de la identidad nacional. La lengua ha sido un pilar fundamental en el proceso de construcción de identidades nacionales europeas, pues estos países optaron por constituir lenguas nacionales que unificaran a todos sus ciudadanos. En ese proceso se perdieron muchos idiomas regionales que fueron relegados a un segundo plano. Si seguimos la idea del alemán Johann Gottfried Herder, quien considera que *el alma de la nación residía en el genio de su lengua* (1774), entonces, es fácil entender por qué los europeos optaron por privilegiar una lengua propia sobre las otras. Ese proceso significó en muchos casos un trabajo filológico monumental. El caso de la lengua nacional en el Perú es complicado, pues nosotros utilizamos, principalmente, un idioma importado de España. El genio creador del pueblo peruano no se encuentra totalmente representado en este idioma creado para otra realidad cultural. El quechua, el aymara, y muchas otras lenguas autóctonas, son idiomas antiguos que han sido relegados de la administración gubernamental. Existe una contradicción en este punto de la lengua, que

debe ser resuelta por los futuros constructores de la identidad nacional peruana, que deben buscar brindarnos un idioma o varios idiomas que representen la amplitud del alma y el genio nacional. Otra manera de apropiarse del espíritu o del genio nacional es catalogar sus múltiples expresiones culturales. Es por esta razón que filólogos, folkloristas, lexicógrafos e historiadores desempeñan un papel fundamental en la composición del contenido de la *cultura nacional*. Se trata, al igual que sucede con la profundidad étnica del hombre peruano, de recrear una cultura creada por los pobladores antiguos que representan los gérmenes de nuestra nacionalidad, de resucitar lenguas y costumbres, que todavía forman parte de los estratos profundos de nuestra conciencia y de nuestra manera de comprender el mundo. Los trajes típicos, las danzas, las costumbres, la música, la pintura, las artesanías, los textiles, las cerámicas, la joyería y la cocina expresan este genio creador. La catalogación de nuestras lenguas, costumbres y tradiciones asegura, en este sentido, la originalidad de nuestra identidad nacional en comparación con otras identidades colectivas.

Disponer de una historia nacional es otro componente fundamental de la identidad nacional. En este proceso, participan historiadores, científicos sociales, escritores, artistas, filósofos, políticos, sacerdotes, héroes, deportistas, etc. El tener una historia nacional es una necesidad profunda que estructura la forma y el fondo de nuestra identidad nacional. Lo que Marcel Detienne llama dotarse de una “historicidad” que permita integrar a los muertos y los vivos en lo que se conoce como la “conciencia nacional” (2010). Ella debe poner en evidencia tanto las continuidades como las rupturas de nuestra historia, de nuestras victorias y derrotas, nuestras obras pasadas y nuestros proyectos futuros, nuestros valores y nuestros defectos. Poseer una narración nacional nos otorga una singularidad como nación y en el caso peruano nos permite afirmarnos como una civilización antigua. La identidad nacional está compuesta, también, por una memoria histórica que debe ser cuidadosamente elaborada por nuestros intelectuales y difundida sistemáticamente en la mente de nuestros niños, a través de los manuales escolares. La enseñanza de nuestra historia persigue crear un sentimiento de identificación lo suficientemente fuerte como para que los peruanos en momentos cruciales de su historia estén dispuestos a entregar su vida por amor a la patria. Esta historicidad nacional se compone de nuestra historia, geografía, sociología, política, literatura, poesía, pintura, cine, etc. La creación de museos, de monumentos nacionales, de calles, parques y avenidas, que conmemoran a nuestros héroes o eventos críticos de nuestra historia, tiene

también un rol destacado en el mantenimiento de nuestra memoria. El Museo de la Nación, los museos regionales, el Museo de Arte de Lima, el Museo de la Memoria y la Reconciliación, la Casa de Garcilaso, el Palacio de Gobierno, el Palacio de Justicia, las catedrales, Machu Picchu, Sacsayhuamán, los monumentos a los héroes caídos en las guerras, el Monumento a la Independencia en la Pampa de Quinua, los arcos del triunfo, los monumentos a artistas, a poetas, a incas, los nombres de las calles, plazas, parques y avenidas, sirven para recordar y mantener viva la memoria de nuestra identidad nacional.

La nación (su territorio y su sociedad) encarna, como vimos, esa *patria* donde nuestros antepasados forjaron su historia y nos heredaron una tradición. La nación se convierte en el depósito de nuestros recuerdos históricos y asociaciones mentales, que son compartidos por nuestros conciudadanos en un proyecto social: el “proyecto nacional”. La identidad nacional con su historia, tradiciones, mitos, principios y símbolos garantizan que una población esté de acuerdo en momentos críticos sobre cierto número de principios esenciales. Este acuerdo sobre principios fundamentales ayuda también a forjar el famoso destino nacional. Es por ello que es necesario continuar, en el Perú, con la creación de una cultura de *ciudadanía activa* que permita que sus pobladores cumplan con sus deberes morales y cívicos para asegurar la viabilidad del país, por ejemplo, educar al pago obligatorio de los impuestos, única forma viable para que el Estado cuente con los recursos necesarios para cumplir con sus funciones.

En modo de conclusión: algunos aspectos a trabajar para fortalecer la identidad nacional peruana

Quisiera exponer diez propuestas que ayuden a avanzar en el proceso de afirmación de la identidad nacional peruana. Estas propuestas representan el estado actual de estas investigaciones y son, además, una selección —como toda selección, responden a intereses y prioridades del autor, lo cual no significa que no existan otras aristas a explorar—.

1. Identificar y reestructurar los elementos deficitarios de la identidad nacional peruana.

Es necesario continuar con más estudios, como este, para desmenuzar los elementos que componen la identidad nacional e identificar los aspectos que deben ser corregidos, reformulados o remplazados. Es necesario, además, fijar un zócalo de

valores comunes para la nación peruana. Con ello se hace referencia a un conjunto de valores que deban ser promovidos por la república para componer una ética ciudadana peruana, que asegure a mediano plazo un comportamiento virtuoso de los ciudadanos frente al Estado y la sociedad. Nuestros ciudadanos deben tener un comportamiento ético y moral, que corresponda a los estándares internacionales fijados por los filósofos políticos, lo que significa, en términos de políticas de Estado, lo siguiente: la enseñanza y la promoción, desde todos los espacios sociales posibles, de aquella ética civil peruana, donde los ciudadanos sean honestos, trabajadores, innovadores, respetuosos de la ley, empáticos con sus conciudadanos, defensores de los valores modernos (libertad, igualdad, justicia), respetuosos de los derechos humanos, etc. La formulación de la ética civil peruana para el siglo XXI debe ser una concepción colectiva, en la que nuestros intelectuales y políticos confeccionen el mapa moral con el que nuestros ciudadanos deben desenvolverse éticamente tanto en la sociedad peruana como en la comunidad de naciones. Aquella ética civil peruana para el siglo XXI debe, también, tomar en cuenta la profunda herencia histórica y social de la cultura peruana, inspirarse, por ejemplo, en la ética colectiva inca con sus principios del *ama sua, ama lluya, ama quella* (no seas ladrón, no seas mentiroso, no seas ocioso).

Este primer elemento de fondo nos permitirá contar con mejores ciudadanos. Esto tendrá un impacto considerable en todos los aspectos de la vida social, pues el factor humano cumple un rol central en el buen gobierno de un país, ya que son sus ciudadanos quienes crean las nuevas ideas e innovaciones que enriquecen al país, quienes brindan los funcionarios públicos, que tendrán un comportamiento probo ante cualquier circunstancia (para ayudar, así, progresivamente a reducir la corrupción en todos los niveles), quienes otorgan recursos al Estado a través del pago de los impuestos, quienes aseguran el respeto sincero entre los ciudadanos de diversas clases sociales, etc. Esta reformulación a mediano plazo de la identidad nacional es una tarea difícil, pero fundamental, ya que ataca al corazón de varios problemas de fondo, lo cual lleva a recordar a Jean Jacques Rousseau, quien afirmaba que todas las virtudes de un país provenían del *corazón de sus ciudadanos* (Rousseau, 1774).

2. Demostrar que la identidad nacional peruana es profundamente mestiza.

Es necesario, en este punto, responder adecuadamente al problema de la *falta de autoestima* que presenta la región latinoamericana frente a los países occiden-

tales como Estados Unidos o Europa. Esto tiene, por supuesto, múltiples causas (como el desarrollo económico); sin embargo, la herencia cultural de la colonia tiene también un peso considerable. El peso colonial hizo que los latinoamericanos (al igual que otras regiones del mundo) sobreestimáramos el estereotipo *blanco* de belleza e inteligencia, convirtiéndolo en modelo a seguir, intentando ser como los *blancos* (o parte de ellos). El *choleo* o el desprecio del quechua (como lengua materna) reflejan la actualidad de este problema de autoestima, pues constituyen estigmatizaciones negativas de menosprecio, que afectan a la identidad individual de muchos de nuestros conciudadanos. Todo ello expresa una situación insostenible, una realidad histórica que no puede durar, pues *es imposible pretender ser algo que no se es*. Debemos integrar en nuestro imaginario nacional que los peruanos nunca seremos europeos, pues somos latinoamericanos. Esta es una constatación simple que debemos incorporar a la definición de nuestra identidad nacional. Debemos, entonces, revalorar con urgencia las particularidades culturales y genéticas de nuestro país. Se debe revalorar la riqueza que implica que nuestra población sea profundamente mestiza e intercultural. Debemos, además, considerar que el elemento autóctono representa el elemento principal de nuestra identidad nacional. Es necesario, por ello, revalorarlo y brindar todas las condiciones que sean indispensables para su pronto fortalecimiento, para que la población *indígena* ocupe rápidamente el rol que le corresponde.

3. Resaltar que la identidad peruana contiene una formidable profundidad histórica.

Este aspecto, de alguna manera, está ligado al punto anterior y significa que es fundamental tomar conciencia de la verdadera amplitud de nuestra identidad. Se trata de una identidad muy antigua y muy rica en innovaciones culturales, de un pueblo (antiguo) con capacidades excepcionales de creatividad, innovación, adaptación y cooperación. Muchas de estas características todavía subsisten en nuestros días. El periodo *colonial*, en esta revisión nuestra identidad, corresponde a un lapso bastante corto de nuestra historia nacional. Tal como lo sugieren Edgar Montiel y María Luisa Rivara de Tuesta, es fundamental cuestionarnos sobre la profundidad de nuestra conciencia histórica, cuestionarnos sobre nosotros mismos, sobre quiénes somos y de dónde venimos. Otro aspecto importante es que, según ciertos estudios, como el del alemán Heinz Wismann, la profundidad histórica (combinada con una educación de alta calidad) favorece

la creatividad y la innovación de un país. Esto puede tal vez explicar en parte porque el Perú siempre ha sido una potencia cultural importante en el planeta.

4. Potenciar políticas públicas dirigidas a fortalecer la identidad nacional.

Es necesario continuar emprendiendo políticas públicas destinadas, entre otras cosas, a fortalecer la identidad nacional peruana. Nuestras políticas públicas deben ser innovadoras, de tal forma que respondan adecuadamente a nuestra realidad. Los diferentes programas sociales vividos en las últimas décadas han sido un formidable medio para contribuir a disminuir la exclusión social y a fortalecer la identidad nacional. Ello responde a la necesidad de llevar al Estado a todo el territorio peruano, lo cual vigoriza el nivel de identificación de la población rural con la nación. También podemos inspirarnos en políticas públicas emprendidas por otros países como la *acción afirmativa* para que ciertos *sectores sociales* excluidos puedan servirse también del *ascensor social*. Es fundamental que en toda sociedad moderna exista un zócalo de igualdad de condiciones, que permita que todos puedan forjarse un mejor futuro, a través de la educación, el trabajo duro, el respeto de las leyes, el emprendimiento, etc. Es absolutamente fundamental que el gobierno asegure el funcionamiento de mecanismos que permitan que quienes más se esfuerzan puedan obtener resultados de sus emprendimientos y progresar, así, económica, moral, individual y socialmente. Todas las políticas públicas emprendidas para fortalecer la identidad nacional deben apuntar a forjar una sociedad más libre, más igualitaria, más solidaria y más justa. Todo esto responde a un *proyecto nacional* que en nuestro país, a pesar de los esfuerzos del Centro Nacional de Planeamiento Estratégico y del Acuerdo Nacional, aún no está claramente formulado. Se podría intentar entregar el encargo de fortalecer la identidad nacional peruana al Ministerio de Cultura para que este, dentro de sus atribuciones, se encargue de formular acciones que permitan avanzar en este propósito y de fortalecer cada uno de los elementos que hemos descrito brevemente en páginas anteriores.

5. Continuar reforzando los derechos ciudadanos efectivos a través de la ampliación de servicios estatales y políticas sociales que ayuden a los más desfavorecidos del país.

Este punto está ligado al anterior; se trata de multiplicar la igualdad al acceso de los servicios estatales, por ejemplo, el acceso a la justicia, a la educación, a la salud, a los servicios básicos, a la infraestructura, etc. Es fundamental extender

los servicios del Estado por todo el territorio para fortalecer la relación entre los ciudadanos y el Estado peruano, y mostrar, de esta manera, que el Estado existe y que busca garantizar su desarrollo personal y social. Los derechos ciudadanos no deben ser letra muerta, sino que estos deben ser claramente palpables por todos los peruanos, sin importar su condición social, religión, género, cultura, etnicidad, orientación sexual, etc. El robustecimiento de la ciudadanía efectiva es fundamental para exigir también que los ciudadanos cumplan con sus obligaciones ante el Estado.

6. Fortalecer los deberes ciudadanos en el Perú.

Es necesario que los ciudadanos tengan acceso a diversos servicios del Estado, que estos sepan cuáles son sus derechos, sepan elegir, ser elegidos, respetar las leyes y respetar a sus conciudadanos. De igual modo, es fundamental reforzar los deberes cívicos que tienen los peruanos hacia la nación y el Estado. Para empezar, se debe pagar obligatoriamente los impuestos; una de las razones del déficit de institucionalidad en el Perú es la falta de recursos económicos para poder asegurarse que el Estado haga su trabajo. La evasión masiva de impuestos a la renta es una de las principales causas de la calidad de Estado que tenemos, un Estado débil que es incapaz de hacer respetar el imperio de la ley sobre todo su territorio. Es imposible construir un Estado fuerte si no se cuenta con los recursos económicos que peritan contratar a los funcionarios públicos adecuados y comprar los medios materiales necesarios para que estos funcionarios realicen adecuadamente su trabajo. Las deficiencias de funcionamiento del Estado peruano crea un círculo vicioso que conlleva a la pérdida de principio de autoridad del Estado y a la multiplicación de todos los delitos, que se ven potenciados con la corrupción. Todos los ciudadanos (que tengan la obligación por su nivel de ingresos y su edad) deben pagar impuestos y deben ser conscientes de que esto forma parte de sus obligaciones ciudadanas ante el Estado y la nación. Entre otras obligaciones ciudadanas que se deben reforzar también están la defensa de la nación frente a los peligros que se puedan presentar, la creación de un cierto patriotismo económico y cultural para potenciar el desarrollo nacional, el saber elegir democráticamente a los mejores gobernantes, el luchar por su patria ante un conflicto bélico, el hacer lo correcto en todo momento, el respeto absoluto de las leyes peruanas, el hacer respetar los principios de la república peruana, el respeto en todo momento de sus conciudadanos, el saber concertar y cooperar en democracia, etc.

7. Servirse de la herramienta económico-cultural en el fortalecimiento de la identidad nacional.

El Perú debe servirse de la ventaja comparativa de ser una potencia cultural para fortalecer su desarrollo económico y su identidad colectiva. La cultura contiene un *soft power* que puede ser desplegado en las relaciones internacionales, económicas, políticas y sociales. Nuestras numerosas creaciones culturales contienen un importante valor agregado que deben servirnos como una herramienta para fortalecer nuestro desarrollo sostenible. El actual boom de la cocina peruana en el extranjero es un ejemplo claro de los beneficios que puede significar el utilizar nuestro vasto *know-how* cultural. El turismo es otra fuente de ingreso y de prestigio nacional que puede ser aun vigorosamente potenciado. De igual manera, se puede mencionar a la artesanía, la joyería, la textilería, los productos orgánicos, las plantas medicinales, los productos agrícolas, las bebidas locales, las lenguas nativas, las tradiciones antiguas, las danzas, entre muchas otras expresiones culturales, que pueden ser fuentes de desarrollo y orgullo nacional. Nosotros tenemos una riqueza cultural que muy pocos países tienen: tanto su profundidad histórica como su fabulosa historia nos ubican como una de las cunas de la civilización mundial. Esta formidable herencia debe ser correctamente utilizada para fomentar nuestras industrias productivas y para fortalecer nuestra identidad nacional.

8. Inculcar los valores nacionales en todos los niveles de nuestra educación.

La escuela es uno de los lugares claves donde se fabrican los futuros ciudadanos peruanos (junto a la familia y la sociedad). Es fundamental que los valores nacionales peruanos sean profundamente enraizados en el corazón de nuestros niños, para que estos no reproduzcan los mismos errores que sus padres y puedan vivir en conformidad con la ética nacional. Se debe invertir más recursos en educación pública para que esta mejore su calidad; también, se debe otorgar una cantidad importante de becas en el extranjero (en áreas estratégicas) para enriquecer nuestros recursos humanos y robustecer nuestras clases dirigentes. Los ciudadanos peruanos que cuentan con una educación de primer nivel son muy útiles (por sus acciones) en el fortalecimiento de la identidad nacional. Mario Vargas Llosa, Hernando de Soto, Javier Pérez de Cuellar, Juan Diego Flores, Mario Testino, Gustavo Gutiérrez, entre otros forman parte de nuestros motivos de orgullo nacional. Se debe, además, aplicar los procedimientos de educación intercultural propuestos por el Ministerio de Cultura para formar a los funcio-

narios públicos y a las futuras generaciones en el manejo de las herramientas de la interculturalidad para su trato con las diversas culturas del país (de manera que todos los ciudadanos puedan manejarse interculturalmente). Es importante continuar vigorosamente en este camino para asegurar la recuperación de nuestras lenguas y tradiciones autóctonas. Este proceso de interculturalidad puede servir también para corregir la desigualdad entre culturas y ayudarnos a no perder elementos fundamentales de nuestra identidad nacional.

9. Atacar a la desigualdad, a la corrupción, a la inseguridad, a las reformas del Estado, de tal forma que los peruanos puedan sentir que viven en un Estado-nación que funciona.

El Perú, como otros países de la región, presenta niveles de desigualdad que superan largamente a la de otras regiones del planeta. El mantenimiento de esta gran desigualdad es tierra de cultivo de toda clase de conflictos que reavivan diferencias sociales históricamente ancladas en el ideario de los distintos grupos sociales. La nación, como hemos visto, es una comunidad de recuerdos compartidos y una voluntad de compartir un futuro en común. Esta definición significa también que la nación debe garantizar la igualdad y fraternidad entre sus ciudadanos. Construir una nación con los niveles alarmantes de desigualdad existentes en el Perú es una tarea casi imposible. Si queremos construir una nación digna de ese nombre, debemos avanzar en la igualdad efectiva de todos los ciudadanos del país. Debemos, además, luchar frontalmente contra la corrupción, la inseguridad ciudadana, el tráfico ilícito de drogas, el crimen organizado y la minería informal, los cuales ponen a prueba la capacidad del Estado peruano para asegurar el Estado de derecho, lo que influye también directamente sobre el autoestima de nuestra identidad nacional. Debemos reformar el Estado para mejorar su funcionamiento y restablecer su autoridad, de tal forma que los peruanos sintamos que vivimos en una sociedad organizada por un Estado que funciona y que asegura nuestro desarrollo individual.

10. Terminar el *cheking list* de la afirmación de la identidad nacional.

Los peruanos contamos con una herencia histórica excepcional (que se encuentra en el inconsciente de todas las naciones del planeta). Ello nos permite construir una identidad nacional única y muy rica. Esta formidable ventaja comparativa no ha sido, sin embargo, totalmente aprovechada. En la construcción de las identidades nacionales existe un *cheking list* —que hemos intentado explicar

en este artículo—, que cada país completa a su manera. Es necesario trabajar sostenidamente en cada uno de estos puntos. La originalidad del Perú (en tanto nación) se encuentra sobre la base de su extraordinaria riqueza cultural, geográfica, histórica y humana. Debemos terminar de afirmar la identidad nacional y afinar el proyecto nacional para recuperar (lo más pronto posible) nuestro lugar entre las principales civilizaciones del planeta.

Referencias bibliográficas

- Andersen, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Arróspide de la Flor, C. (Coord.). (1979). *Perú: identidad nacional*. Lima: CE-DEP.
- Basadre, J. & Macera, P. (1979). *Conversaciones*. Lima: Editorial Mosca Azul.
- Bhabha, H. K. (Ed.). (2010). *Nación y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1999). *L'institution imaginaire de la société*. París: Ed. Seuil.
- Hatun Willakuy. Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación Nacional. (2008). Lima: IDEHPUCP.
- Demèlas, M. D. (2003). *La invención política: Bolivia, Ecuador, Perú*. Lima: IFEA.
- Detienne, M. (2010). *L'identité nationale, une énigme*. París : Gallimard.
- Fichte, J. (1807). *Discursos a la nación alemana*. Madrid: Tecnos.
- García, M.A. (2007). *De peruanos e indios: la figura del indígena en la intelectualidad y política criollas (Perú, Siglos XVIII-XIX)*. Salamanca: Universidad Internacional de Andalucía.
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Habermas, J. (1994). *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos.
- Haupt, G. & Lowy, M. (1997). *Les marxistes et la question nationale*. París: L'Harmattan.
- Herder, J. (1774). *Por una filosofía de la historia*. Sevilla: Ed. Espuela de plata.
- Hobsbawm, E. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Hobsbawm, E. & Ranger, T. (Dirs). (2005). *La invención de la tradición*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Klaren, P. (2004). *Nación y sociedad en la Historia del Perú*. Lima: IEP.

- León, E. (2013). *14 000 años de alimentación en el Perú*. Lima: Editorial USMP.
- Montiel, E. (2016). *Saber Gobernar. Claves en la formación de estadistas y líderes para el Perú*. Lima: Fondo Editorial CAEN.
- Neira, H. (2013). *¿Qué es la nación?*. Lima: Editorial USMP.
- Noiriel, G. (2007). *A quoi sert l'identité nationale?*. Marseille: Editorial Agone.
- Renan, E. (1882). *Qu'est-ce que la nation?*. París: Gallimard.
- Rivara de Tuesta, M. L. (2000). *La identidad nacional*. Lima: FCE.
- Rousseau, J. J. (1774). *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. París: Flammarion.
- Schnapper, D. (2001). *La comunidad de ciudadanos: acerca de la idea moderna de nación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. D. (1997). *La identidad nacional*. Madrid: Ed. Trama.
- Smith, A. D. (1986). *The ethnic origins of nations*. Oxford: Ed. Blackwell.
- Thièsse, A.M. (1999). *La création des identités nationales*. París: Ed. Seuil.
- Wismann, H. (2012). *Penser entre les langues*. París: Albin Michel.